**El estallido Chileno**

Pablo Ortúzar Madrid[[1]](#footnote-2)

La crisis política vivida en Chile desde octubre del año pasado ha sido bautizada como un “estallido social” por los medios de comunicación. Y la metáfora del estallido de una bomba –con su chispa, mecha, explosivos y material de fragmentación- resulta útil para diseccionar y tratar de entender lo ocurrido. Es lo que intentaré hacer a continuación.

*Chispa*

Dos hechos encendieron el fuego: primero, el 4 de octubre se anunció un alza de 30 pesos en los pasajes del metro de Santiago (junto con un alza de un 9,2% en el valor de la luz), lo que fue seguido, el 7 del mismo mes, por una protesta estudiantil llamando a evadir el pago de dicho medio de transporte. El segundo hecho es el ataque terrorista al mismo metro el día 18 de octubre.

*Mecha*

El principal factor detonante de la explosión social fue la reacción gubernamental ante estos hechos. El ambiente político fue enrarecido por las declaraciones de algunos ministros de Estado luego del alza tarifaria. El 7 de octubre el ministro de economía, Juan Andrés Fontaine, declaró que habría un “premio” en el nuevo esquema para aquellos trabajadores que se levantaran más temprano. Esto fue considerado un insulto debido a que la mayoría de los trabajadores más precarios ya se levantan extremadamente temprano. Un día después, el 8 de octubre, el ministro de Hacienda, Felipe Larraín, comentó que el precio de las flores había caído, por lo que era un buen momento para regalarlas. Esto fue interpretado, en el contexto del alza de los pasajes, como una burla a las voces de protesta. A ello se sumó una estrategia puramente represiva en relación a las manifestaciones, que incluyó la utilización masiva de Fuerzas Especiales de Carabineros al interior de las estaciones de metro. El efecto fue una sensación de indignidad, desprecio y maltrato por parte de la mayoría de los usuarios del transporte público, que culparon al gobierno, en vez de a los estudiantes, por lo ocurrido. La represión y la violencia de las protestas fueron especialmente duras los días 17 y 18 de octubre, lo que terminó con la suspensión del servicio, el cierre de las estaciones y la aplicación de la Ley de Seguridad del Estado, cuyo fin es perseguir de manera más severa a quienes atenten gravemente contra el orden público. La mayoría de los trabajadores que ese día tuvo que caminar a casa solidarizó con los estudiantes, uniéndose a la protesta. El gobierno había perdido el favor ciudadano. Los enfrentamientos se trasladaron a las calles y esa noche hubo un “cacerolazo” masivo en Santiago (protesta que consiste en hacer sonar una cacerola con una cuchara de palo).

El segundo hecho que gatilló la explosión social fue el atentado a las estaciones del metro. Dicha acción se registró en las últimas horas del día 18 de octubre. De 136 estaciones, 77 fueron dañadas, 20 quemadas (9 por completo). Ante esto, el gobierno, el 19 de octubre, declara “estado de emergencia” para la región metropolitana de Santiago y alrededores, una forma de excepción constitucional que entrega el resguardo de la seguridad pública a la fuerza militar. La segunda noche de toque de queda, el domingo 20, el Presidente, rodeado de militares, declara en cadena nacional que “estamos en guerra contra un enemigo poderoso”, sin explicar a quiénes se refería con dicha sentencia. Esto, en el contexto de las protestas, fue interpretado por la mayoría de las personas como una amenaza a los manifestantes. La mayoría de los chilenos, así, entendió que el presidente había declarado una guerra militar en contra de la protesta social. Al poco tiempo, el estado de emergencia y el toque de queda militar se habían extendido a casi todas las capitales regionales, junto con los desórdenes, incendios y saqueos.

El efecto de este error comunicacional presidencial fue acelerar un estallido social de dimensiones desconocidas en la historia chilena. El 25 de octubre la llamada “marcha más grande de Chile” convocó 1,2 millones de personas en Santiago. Cifras récord también se registraron en otras ciudades del país. Desde ese punto en adelante, ninguna autoridad fue capaz de contener la explosión de rabia y frustración que se desató en las calles de todo Chile, y que dejó en el suelo a todos los actores políticos.

*Explosivo*

El trasfondo de la catarsis general iniciada el 18 de octubre –aquello que podrías llamar el combustible de la protesta- es una suma de frustraciones e injusticias de larga data que no habían sido adecuadamente previstas ni tratadas por el sistema político. Este aspecto del estallido es multidimensional.

El nudo de este conflicto sin duda es la nueva clase media chilena, surgida al alero de los créditos de consumo y las oportunidades educativas de los últimos 30 años. Este grupo, que corresponde al 50% del conjunto social, es extremadamente frágil. Vive endeudado, mes a mes, y cualquier gasto importante la puede devolver a la pobreza. Además, la estructura institucional de Chile le ofrece muy pocas seguridades: es demasiado rica para las prestaciones estatales, pero demasiado pobre para las privadas. Ellos son el corazón de la protesta. El colapso de los sistemas de seguridad social, sumados a la crisis de endeudamiento y a la frustración frente a la desigualdad social, tiene fuertes similitudes con la situación norteamericana actual.

En dicho escenario, destaca el factor demográfico: los “boomers” chilenos han comenzado a retirarse desde hace unos cinco años. En los años 50 y 60, cada mujer en edad fértil en Chile tuvo, en promedio, 5 hijos. Ese número disminuye a 2 en los años 70 y 80. El actual sistema de pensiones depende de ahorros individuales. Los boomers chilenos fueron pobres la mayoría de sus vidas. Luego, sus pensiones son bajas, y deben ser complementadas por el apoyo familiar. Ya que las familias de clase media no poseen recursos suficientes para esto, el sistema ha colapsado y las pensiones son la demanda social más recurrente.

Un segundo factor, destacado por el intelectual Carlos Peña, es una crisis generacional. Siete de cada diez estudiantes universitarios chilenos son la primera generación que asiste a la educación superior. Esto genera un escenario parecido al mayo del 68 francés. Peña ha aplicado, entonces, el aparato conceptual desarrollado por Raymond Aron para analizar dicho suceso, llamando, por ejemplo, “psicodrama” a las manifestaciones.

Un tercer factor relevante es propiamente chileno y latinoamericano: el elemento festivo y ritual de la violencia. Aquello llamado “imbunchismo” por José Donoso (“El obsceno pájaro de la noche”) y Carlos Franz (“La muralla enterrada”). El impulso destructivo de un pueblo que no está seguro de su propia identidad, y que, por lo tanto, siente la tentación de destruir aquello que lo rodea, y comenzarlo todo de nuevo. Esta temática es desarrollada por Octavio Paz en “El laberinto de la soledad” y es tocada también por Vicente Huidobro en su “Balance patriótico”. La destrucción de símbolos patrios durante la protesta está atravesada por esta motivación.

*Esquirlas*

Un sistema político arrinconado y sin herramientas propiamente políticas para enfrentar la situación terminó convirtiendo protestas por un alza en los precios del transporte en una revuelta que obligó a convoca un plebiscito constitucional en medio de una violencia callejera ritualizada, en que jóvenes de sectores marginales chocan una y otra vez con la policía, asumiendo ese choque como una causa en sí misma. Los muertos en medio de estos enfrentamientos ya superan la treintena, y las denuncias por violaciones graves a los derechos humanos por parte de la fuerza pública se multiplican. El daño a la economía, por otro lado, ha sido importante: decenas de supermercados, farmacias y tiendas comerciales han sido saqueadas y quemadas, y miles de empleos se han perdido. Los despidos durante enero fueron un 180% más que los despidos en igual fecha durante los últimos 5 años.

Hoy no es claro ni siquiera que una nueva Constitución política sea capaz de detener o encausar esta anomia. Chile, a ratos, parece un país acabado, listo para ser reinventado por algún liderazgo populista. Sin embargo, todavía quedan varios capítulos en el desenlace de este drama. Los conoceremos pronto.

1. Antropólogo social (Universidad de Chile). Estudiante del doctorado en teoría política de la Universidad de Oxford e investigador del Instituto de Estudios de la Sociedad. Mail: portuzar@ieschile.cl [↑](#footnote-ref-2)